

Apuntes de lectura

Lorenzo León

Pío Baroja

Escritor ríó (más de 20 novelas) leer a Pío Baroja (1872-1956) es como sentarse a una mesa vasca y enfrentar una jugosa y densa deglución apta para vientres amplios y relajados de principio. Su prosa desde el primer párrafo siempre encanta ya sea una visión (como la entrada en buque a **La ciudad de la niebla** donde olemos el Támesis y vemos aparecer "un pueblo negro como una gran torre, en la niebla vaporosa de la mañana) o una reflexión que siempre será expresada con pensamientos profundos, contundentes, de seres que responden a un dictado lúcido de su conciencia.

La protagonista de **La ciudad de la niebla** es una muchacha española que participó junto con su padre en atentados revolucionarios y está exiliada en Londres. Es una historia en una ciudad vista desde España o más bien por ojos españoles, así dice Iturroz, inteligente amigo de María y su padre, refiriéndose a las geografías de España e Inglaterra: "La civilización primaria, imaginativa y contemplativa, tenía que desenvolverse en climas calientes y húmedos, en donde abundaran cereales y sustancias con almidón y azúcar. La civilización industrial, científica, necesariamente tiene que tener su expansión en climas como el de Inglaterra. Aquí la naturaleza es parte enemiga, pero se deja vencer; exige que se luche con ella, pero se entre-

ga pronto, y el hombre, viendo la eficacia de su esfuerzo, se hace enseguida hombre de acción. La tierra le da el sentimiento de su energía y el sentimiento de su triunfo".

Pío Baroja es autor de una narrativa conceptual (no conceptuosa). Las exposiciones de sus personajes son claras, precisas y su poética por ello es puntual como si escuchásemos una respiración intensa y constante, un aliento reposado y fuerte, un ejercicio concentrado y natural a la vez.

Pío Baroja amó la literatura de Charles Dickens (1812-1870) y su prosa en esta novela como en otras (**Las inquietudes de Shantí Andía**), es un constante homenaje al escritor inglés. Solamente en Dickens y Baroja podemos encontrar la luz de

Pío Baroja es autor de una narrativa conceptual (no conceptuosa). Las exposiciones de sus personajes son claras, precisas y su poética por ello es puntual como si escuchásemos una respiración intensa y constante, un aliento reposado y fuerte, un ejercicio concentrado y natural a la vez.

Y en efecto, sus obras podrían considerarse dentro de las últimas ondas que en la cultura literaria hizo el impacto de esta poética: la romántica. Y en las historias de viajes marítimos está la cresta de una creación honesta y apasionada.

estas imágenes: "La verdad es toca aquella vida de Whitechapel palpitante y tumultuosa, brutal y dolorida, desarrollada entre el barro, el humo de las fábricas, las infecciones, el alcohol, las conservas podridas; esta gusanera iluminada por días pálidos y reverberos de gas, con sus sábados de bacanal y sus crímenes sensacionales, no sólo tenía atractivo, sino un atractivo poderoso y fuerte".

En **La ciudad de la niebla** vemos una mujer que es, también, del más puro tipo barojiano: fuerte, con un sentido de la acción autónomo y una sensibilidad trenzada con la voluntad, polo contrario a la Bovary flaubertiana. En otra novela (**El mundo es así**), destaca otro carácter femenino, de igual intensidad: Sacha, la aristócrata rusa que "se dejaba llevar por el encanto de la naturaleza y por el encanto de las palabras" y es por ello diferente a la María de **La ciudad de la niebla**, que parece inconquistable.

Ernest Hemingway (1899-1961) reconocía a Baroja como su maestro. Y recordemos que en **Por quién doblan las campanas** la conformación de esos personajes agrestes y tumultuosos no sería posible sin la influencia de un escritor propio de las venas de la raza ibérica.

Nostalgia y civilidad

Que escribió Machado sobre Pío Baroja:

De la rosa romántica en la nieve él ha visto caer la última gota

Y en efecto, sus obras podrían

considerarse dentro de las últimas ondas que en la cultura literaria hizo el impacto de esta poética: la romántica. Y en las historias de viajes marítimos está la cresta de una creación honesta y apasionada.

La mayoría de los personajes centrales de Baroja son escépticos, tremendistas en su crítica al sinsentido de los modos sociales y con una vocación grande de marginalidad (Andrés Hurtado de **El árbol de la ciencia**, César Moncada, de **César o nada** o el escritor protagonista de **El mundo es así**) y quizá su *adusta permanencia en el mundo* sea consecuencia de su nostalgia por una vida más interesante y aventurera.

Dos personajes importantes de la novelística barojiana aparecen al mismo tiempo (1911) cuando Baroja no había cumplido aún los cuarenta años: el médico Andrés Hurtado de **El árbol de la ciencia** y el marino Santiago Andía de **Las inquietudes de Shantí Andía**. En el primero Baroja presenta un médico rural conviviendo con sus compañeros de facultad, sus familiares y luego en su vida profesional entre las mezquindades y la sordidez pueblerinas que terminan ahogándolo. Es la vida de un nihilista que plantea su vida como una conducta regida por una concepción ideal y como parte, también, de una discusión interna (o con su tío Iturriz): "A los pocos días de frecuentar el hospital, Andrés se inclinaba a creer que el pesimismo de Schopenhauer era una verdad casi matemática. El mundo le parecía una mezcla de manicomio y de hospital; ser inteligente constituía



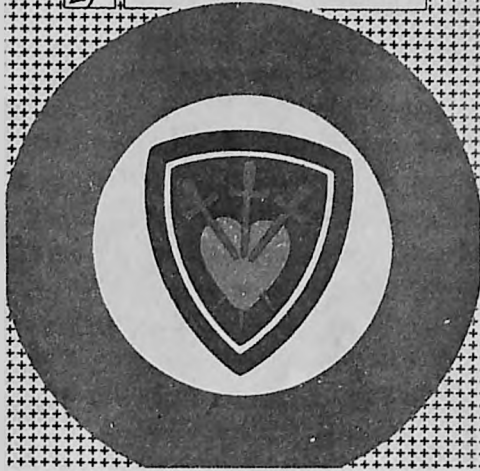
una desgracia, y sólo la felicidad podía venir de la inconsciencia de la locura".

Opuesto a él Shantí Andía nos refiere su vida de marino, una vida ligada a las fantásticas historias que *el niño Baroja vislumbró desde la costa cantábrica*. **El árbol de la ciencia** es un ramaje que nos llega desde las poderosas leñosidades de los románticos rusos (sobre todo está el Turgueniev de **Padres e hijos**) y **Las inquietudes de Shantí Andía**, de los luminosos filones escarbados por Stevenson y Poe.

Vemos frente a estas dos obras cómo es amplio y profundo el registro narrativo de Baroja, una novela filosófica y una novela marítima. **El árbol de la ciencia** es la historia de un intelecto aguzado y dramático dominado por un entorno familiar tradicional y una profesión de gran dificultad que pone en contacto con el dolor humano. Como el nihilista turguenéviano (de su arte se desprende este término) que muere solo y agarrado a la pata de una silla como a sus convicciones solitarias por un estado supremo del ser, Andrés es un extenuado también: "¡Ha muerto sin dolor —murmuró Iturriz—. Este muchacho no tenía fuerza para vivir. Era un epicúreo, un

el mundo
es así

PIO BAROJA



aristócrata, aunque él no lo creía".

—Pero había en él algo de precursor —murmuró otro médico".

En efecto, personajes como Andrés y el César Moncada, de **César o nada**, son anunciadores de una nueva época donde se reconocerá a la rebeldía como el hacer integrador del hombre.

Shantí Andía sería el pasado inmediato de esa nueva opción: el sueño del conquistador, la laboriosidad de los capitanes de barcos mercantes (1840-1860 en San Sebastián, tierra del escritor): "Antes, el barco de vela era una creación divina, como una religión o como un poema; hoy, el barco de vapor es algo continuamente cambiante como la ciencia. (...) Antes, el capitán era un personaje sabio, un tirano de un poder inaudito, un hombre que tenía que bastarse a sí mismo; hoy es un especialista injerto en un burócrata."

Baroja creía, dice Julio Caro Baroja en su edición anotada de **Las inquietudes**, "que la primera mitad del siglo XIX fue más interesante para el marino que la segunda (...). Decía que, en general, la época de sus abuelos y sus bisabuelos había sido de mucho mayor encanto y atractivo que la de sus padres: no se diga que la propia".

Ubicado en la costa vascongada de su infancia, Shantí es el último hombre que tiene algo aún que contar: "Hoy, a casi nadie se le ocurre algo digno de ser contado. La generalidad de los hombres nadamos en el océano de la vulgaridad (...) La sociedad va uniformando la vida, las ideas, las acciones de todos".

Un nihilista en Roma

El tío de César Moncada, el cardenal Fort, "era de los que dirigían el cotarro vaticano y de los que impulsaban a León XII a rectificar la política, un tanto liberal, de los primeros años del pontificado". Había ocupado antes altos cargos: consultor de la Congregación de obispos y regulares, luego la de los Ritos y la del Santo Oficio, y en algunas ocasiones fue confesor extraordinario de León XIII.

La primera parte de la novela de Pío Baroja, **César o nada**, es una interesante descripción del mundo del Vaticano, capital del catolicismo. A los doce años César Moncada tuvo conocimiento de ese tío cardenal, a tiempo de una propuesta de éste a sus padres para dedicar a César a la Iglesia. "Entraría en el Colegio de Nobles, luego pasaría a la Nunciatura, y en poco tiempo sería un potentado". Entonces el niño resolvió la cuestión diciendo "que antes se mataba que ser cura o fraile, porque era republicano".

El niño estudia en Madrid en un colegio de Escolapios donde se produce en el chico "un odio frenético por los curas" y al terminar el bachillerato viaja a París a conocer a un escritor español que había tomado parte en la Commune y en la sublevación de Cartagena, Carlos Yarza, tío de su condiscípulo y amigo de toda la vida, Ignacio Alzugaray. Este hombre será su maestro en las cuestiones bursátiles: "Había puesto su inteligencia y su voluntad en el estudio de tales asuntos y vislumbrado un sistema en donde todo el mundo veía eventualidades sin ley posible".

César Moncada emprende la carrera de abogado en Madrid, aunque cree que no vale la pena estudiar leyes en serio, por lo que se dedica a estudiar Zoología en la Universidad, y al año siguiente cursó Filosofía en San Carlos".

"Como ocurre casi siempre, la proyección de ideas de distintas procedencias y de diversos órdenes en un mismo plano, llevó a César a un escepticismo acerca de las cosas y, sobre todo, escepticismo acerca del instrumento de conocer".

Al terminar la carrera, César Moncada visita en París a su amigo Carlos Yarza, quien le da a leer su libro **Enchiridion sapientae**, donde ha acumulado sus observaciones acerca del mundo financiero y político. "Podría llamarse también —le dice— Contribución al sentido común o el neomaquiavelismo". Yarza lo manda a Londres, pues París es "un pueblo que se ha parado" y estando en Londres se le reúne su hermana Laura y le invita a ir a Florencia: "dos años después le instó para que la acompañase a Roma".

La estancia de César Moncada en Roma es muy divertida y podemos ver a un **flaneur** muy potente, sarcástico, crítico y frío. Se conduce entre la alta sociedad italiana con una actitud, le dice su hermana Laura, de quien está "siempre en guardia, siempre en acecho. Es una manera de ser salvaje." Es aquí donde traba una relación muy interesante con el abate Preciozi, enviado como acompañante de los hermanos por su tío el Cardenal. A él le dice: "¡Qué religión más admirable la nuestra! Para cada día, la iglesia tiene su santo y su plato especial. La verdad es que la iglesia católica es muy sabia; ha roto toda relación con la ciencia, pero sigue en buena armonía con la cocina". Preciozi es el único guía romano que tiene César en sus investigaciones. Le pregunta al abate: "Pero ¿hay bastantes cargos en la Iglesia?" —Desde el Papa hasta los canónigos y guardias pontificios, hay que ver las jerarquías que tenemos en el Vaticano —le dice

Preciozi—. Primero el Papa; luego los cardenales con órdenes de obispos, después los cardenales con órdenes de presbiterios, luego con órdenes de diáconos, la secretaria, la compistería del Sacro Colegio de Cardenales, los patriarcas, arzobispos, obispos y familia pontificia".

César, con ayuda de Preciozi y su amigo, el diplomático americano Kennedy, empieza a visitar dignatarios con la proposición de que ellos utilicen su talento financiero. En pocos días hay un escándalo en el Vaticano y el Cardenal envía un emisario a César para recriminarle que use su nombre para presentarse ante los poderosos de la Iglesia. César le contesta al fraile: "La gente es tan imbécil, que cree que tener un Cardenal en la familia es un honor; yo me aprovecho de esta idea estúpida, aunque no la comparto, porque para mí un Cardenal es solamente un objeto de curiosidad de museo arqueológico..."

Y si bien César Moncada en Roma no conoce a ningún eclesiástico que le apoye, la casualidad quiere que se encuentre con don Calixto García Guerrero, senador y gran cacique de la provincia de Zamora que ha llegado al Vaticano "para ultimar el que le fuera concedido un título pontificio. Era amigo del embajador de España en el Vaticano, y no le hubiera costado más hacerse príncipe, duque o marqués; pero prefería el título de conde".

El poder o la nada

Quizá uno de los personajes más trágicos de la pesimista obra de Pío Baroja sea César Moncada de la novela *César o nada*. Este libro es una lúcida, severa y poética crítica del orden clerical, del catolicismo, de la iglesia y sus oscuras instituciones, del conservadurismo, de la falsa aristocracia española y la manida aristocracia italiana. En fin, del poder. Para lograr plasmar este titanismo político e histórico, este gran fresco de una franja de la sociedad europea, que incluye correrías en



Madrid, Castro Duro, Roma y Paris, Pío Baroja creó un gran personaje, tan propio de su pluma, tan característico: hizo a un sardónico, un hombre de acción que tiene claras en su mente las ligas que existen entre la iglesia y los campos labrados, donde estorizados campesinos sostienen a un ejército de ensotados y sus dignatarios; entre la bolsa de valores y la hacienda pública; entre el congreso y la violencia agraria. César Moncada, sobrino del cardenal Juan Fort, que le quiso imponer cuando era niño su misma profesión, se lanza en Roma en busca de una relación que le pueda llevar a los círculos de poder españoles y con ello a una acción revolucionaria en su patria.

De brillante inteligencia, aunque también de fúnebres reflexiones, César Moncada alcanza una diputación por el distrito de Castro Duro y emprende una acción política que lo lleva a la cumbre del Estado como consejero del ministro de hacienda, además de hacerse el principal cacique de Castro Duro. Su talento financiero aunado a sus relaciones, lo hacen rápido dueño de una fortuna que aplica en parte para mejoras del pueblo y, fundamentalmente, para renovar el Centro Obrero, decadente organismo de tejedores y artesa-

nos de Castro Duro que está abatido por la rutina asfixiante, la pobreza creciente de sus miembros, el fanatismo azuzado por la iglesia, en una población sujeta a los manejos convenencieros y corruptos de los propietarios y los funcionarios públicos.

No obstante la novela alcanza luminosas esperanzas, como cuando César arriba triunfante a Castro Duro para la inauguración del Centro Obrero y encabeza a una masa entusiasta, dispuesta a luchar contra la imposición y el conservadurismo, la obra se va llenando de un vacío y una oscuridad progresiva, cuando en la siguiente elección las autoridades, desde la federación, dirigen una represión donde resultan varios muertos, algunos presos (la dirigencia del partido liberal, con el doctor Ortigosa a la cabeza) y otros heridos, entre ellos el propio César Moncada, acribillado por dos balazos de un matón que él se negó fundir en prisión.

Dice Baroja: "Gran parte de la antipatía colectiva por lo individual procede del miedo. Sobre todo en nuestros países del Sur, las individualidades fuertes han sido inquietas y tumultuosas. Las manadas de arriba, como las de abajo, no quieren que florezcan en nuestras tierras las semillas de los César o de los Bonaparte".

Cuando César se dispone a visitar los colegios y están en su punto más alto la agitación electoral y la campaña de fraude e intimidación, tiene este alto pensamiento, minutos antes de caer bajo las balas de Juan Babas: "Si la primavera florece yo quitaré todos los obstáculos y las fuerzas saldrán a su vida, que es la acción. Este pueblo, luego otros, y después España entera... Que no quede nada oculto ni encerrado, que salga todo a la vida, a la luz del sol. Soy un hombre fuerte, soy un hombre de hierro, para mí ya no hay obstáculos. Las fuerzas de la Naturaleza me ayudarán. ¡César! ¡He de ser César!".

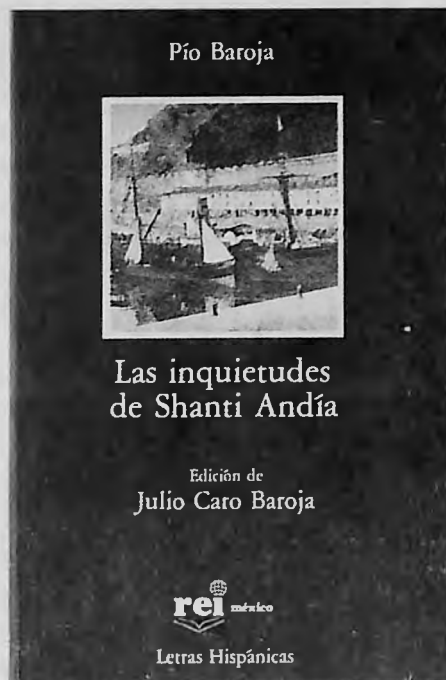
Este canto es segado por la vio-

lencia de "las manadas", tan identificadas en esta novela. César le había dicho a su hermana Laura, marquesa en las cortes italianas, por obra y gracia de su tío Juan Fort: "Vivimos matando, destruyendo todo lo que hay a nuestro alrededor, llegamos a ser algo deshaciéndonos de nuestro enemigos".

Camino a la diputación

César Moncada, protagonista de la gran novela de Pío Baroja **César o nada**, entra en la política al cobrar la promesa que le sacó a Don Calixto García, que lo hiciera diputado en Castro Duro, pues éste estaba muy complacido con el joven César, ligado a la aristocracia romana. César lo visitó aprovechándose como correo entre los conservadores de Roma y Don Calixto. Expone su táctica a su compañero de correrías, Ignacio Alzugaray: "En esos primeros escalones de la política o hay que tener mucha suerte o hay que andar como los saltamontes, de aquí para allá. Ése es el punto de arranque, en que todas las mediocridades ambiciosas se unen contra el que manifiesta talento. Yo, como es natural, no pienso hacer nada para demostrar el mío. La política española es como un estanque: un trozo de madera fuerte y densa se va al fondo; un pedazo de corteza, o de corcho, o un haz de paja se queda en la superficie. Hay que disfrazarse de corcho".

Los ideales cesaristas de César, por otro lado, son firmes e imperiales: "Los únicos que podemos dar un sentido, hacer una nueva civilización con caracteres propios, con esa vieja raza ibérica, nacida, probablemente, en las orillas del Mediterráneo, somos los españoles (...)" Me parece indudable. Francia se va inclinando cada vez más hacia el norte. En Italia sucede lo mismo; Milán y Turín son las verdaderas capitales de Italia, allí donde predominan el sajón y el galo; en cambio en España no sucede esto; nos encontramos separados del resto de Europa



por los Pirineos y unidos a África por el mar y por el clima; nuestro plan debía ser constituir un gran imperio euroafricano, imponer nuestras ideas en la Península y luego irradiarlas por todas partes".

Es Castro Duro el primero y final territorio de su conquista, pues está dicho que en España no se deje germinar esa semilla. César Moncada gana su primera elección, haciendo ejercer una vigilancia en las casillas con base en pocos amigos. En su representación en el congreso "su actitud se desarrollaba principalmente en dos puntos: la Bolsa y Castro Duro. (...) había encontrado un socio para jugar a la Bolsa, un capitalista bilbaíno, a quien había convencido de la exactitud de sus métodos. El señor Salazar había depositado a nombre de César treinta mil duros: César, con esa suma, jugaba millones y arrancaba a la Bolsa un dividendo extraordinario".

Con su dinero restablece el Centro Obrero. "César tomó parte de la inauguración, habló en ella y recibió los aplausos entusiastas de la gente. A pesar de esto César se sentía mal entre sus antiguos amigos; por dentro comprendía que los estaba abandonando. Pensaba que era difícil, casi imposible, que aquel pueblo llegara a salir de la oscuridad y a

significar algo en la vida moderna. Además dudaba de sí mismo, empezaba a creer que no era el héroe, empezaba a creer que se había asignado un papel superior a sus fuerzas, precisamente en el momento mismo que el pueblo tenía más fe en él".

César ha anulado el poder de Don Calixto y su hija Amparito se ha rendido a sus pies. Llega el momento supremo de su pasión pública: el juicio en que tiene que ser el acusador de Juan "Babas", pistolero que ha asesinado a un joven del Centro Obrero en una clara provocación de los conservadores y siguiendo las órdenes de su madre, la "cachorra", pues el "Largo", el chico victimado, era hijo del hombre que en la infancia la envileció antes de venderla a un burdel. El pueblo pide a César que sea acusador. Pero éste recibe el ruego de la madre: "La piedad acabará con mi obra o conmigo — pensaba César paseando por su cuarto—. Esta pobre vieja es digna de lástima. Es indudable. Cree que su hijo es un buen muchacho, y es un chulo canalla y cobarde. Yo no debía hacer caso de esta súplica, sino insistir que a este miserable lo condenen a muerte. Pero ya no tengo energía, ya no tengo dureza. Siento que voy a ceder, me impresiono el dolor de la madre, y no calculo que ese matón, si queda libre, va a trastornar la vida del pueblo, va a malograr nuestra obra. Estoy perdido".

César Moncada renuncia a la política. El juicio lo ha orillado a tocar la fundación del poder, que es la ausencia de piedad. Se dice enfermo en Madrid y no está para acusar a su futuro asesino, que después saldrá libre. Los principales socios del Centro Obrero le escriben: "Hemos leído en el periódico de la capital la noticia de que piensa usted retirarse de la política. Creemos que esta noticia no es cierta; no podemos suponer que usted, campeón de la libertad en Castro Duro, abandone tan noble causa y deje entregado al pueblo a las intrigas y las malas ar-

tes de los clericales. No se trata aquí si a usted le conviene o no retirarse de la política, eso no tiene importancia; se trata de lo que conviene a la patria y a la libertad."

Y prosiguen: "Si por seducciones de una vida muelle se separara usted de nosotros y nos abandonara, habría usted cometido un crimen de lesa civilización; habría usted matado en flor el renacimiento de la vida espiritual y de la vida ciudadana en Castro".

No le creemos a usted capaz de esta cobardía y de esta infamia; y como no le creemos capaz de ella, solicitamos a usted venga cuanto antes a Castro Duro para dirigir las próximas elecciones municipales".

El sacrificio de César

La culminación de **César o nada** no puede ser más patética o desesperanzada. Baroja ciertamente plantea la oscuridad del ser como un destino, como la consecuencia de una debilidad suprema, inescrutable, que tiene su raíz en la naturaleza de la indecisión. Un error de César Moncada echa por la borda su vida (de no haber dado él muerte primero a Juan Babas, por medio del juicio) y coadyuva a una represión frontal de los conservadores y el poder central contra el movimiento liberal encabezado por Moncada.

Cuando César regresa a Castro Duro, instado por la carta que le envían los socios principales del Centro Obrero, es la primera vez que en Castro Duro se harán elecciones verdaderas. Hay una actividad febril del pueblo en favor de César. Le dicen: "Hay que acabar con ellos", "Que no quede ninguno". "César había adquirido una oratoria clara, insinuante. Sabía explicar los hechos admirablemente" y el doctor Ortigosa, "un tipo nacido para alternar con esos hombres águilas de las revoluciones, como Robespierre o Saint Just y condenado a vivir en un miserable gallinero decía: Esta lucha va despertando al pueblo. Se van manifestando los instintos, y esto hace al

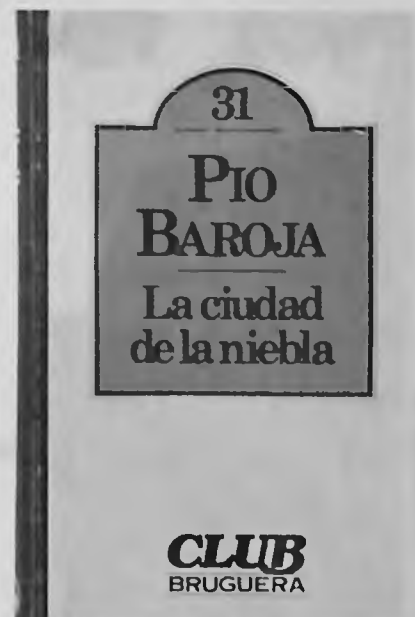
hombre fuerte. Cuanto más dura y violenta sea esta lucha, mejor; más rápido es el progreso".

En **César o nada**, Pío Baroja describe la trascendencia histórica que tiene o puede tener una individualidad. Es el genio de los dirigentes, de los organizadores, el que permite que una población tome las riendas de su propio destino. En el Centro Obrero "el del café llevó las sillas sin que nadie se lo pidiese, el otro traía un brasero para los escribientes; todo el mundo estaba deseando hacer algo. La frase hecha de la batalla electoral para ellos no era un lugar común político, sino una realidad. La cosa más baladí servía de motivo para larguísima discusiones. La identificación por la idea era tal, que llegaba a borrar los egoísmos. Todos se sentían honrados y entusiasmados, por lo menos en aquellos momentos".

"El ayuntamiento de Castro Duro fue de lo más extraordinario y pintoresco que pudiera imaginarse. El doctor Ortigosa presentó proposiciones que causaron el mayor asombro y estupefacción, no sólo en el pueblo sino en toda la provincia. Se le ocurrían planes magníficos y cosas extravagantes. Pedía que se enseñara de otra manera, que se suprimieran las fiestas religiosas y se crearan otras; que se aboliera la propiedad, que se instalaran baños públicos; que Castro Duro rompiera con Roma".

En el ministerio de la Gobernación se presenta una comisión de conservadores: Es necesario que don César Moncada no sea elegido por el distrito —dijo el Padre Martín—. Si lo es, el pueblo quedaría sometido a una dictadura revolucionaria. Todas las clases conservadoras, el comercio, las comunidades religiosas, anhelan que no salga diputado Moncada."

Días después el Ayuntamiento de Castro quedaba suspendido; el Centro Obrero cerrado, se trasladaba al juez; se reforzaba el puesto de la Guardia Civil, y se destinaba a Castro como delegado para las elecciones



nes un inspector de policía de malísimos antecedentes."

"Los borrachos y vagos del pueblo estuvieron durante aquellos días en sus glorias, comiendo y bebiendo. Nadie sabía a ciencia cierta la procedencia de aquel dinero, pero que corría profusamente lo pudo comprobar todo el mundo".

Luego de una asamblea en la escuela de Castro Duro donde se expresan varios socios del Centro Obrero, entre el público, el jefe de la policía, "insultante y desdeñoso", toma notas. El gobernador manda cerrar la escuela y aprehender al doctor Ortigosa y a San Román, otro líder. Ya antes el delegado había metido a la cárcel a obreros más significados del Centro con acusaciones ridículas.

Elogio de la violencia

César Moncada, héroe barojiano, es un revolucionario de la más pura cepa. Un Bakunin, un Lenin. Síntesis su personalidad de un estado de cosas que hoy en México tiene gran actualidad: la represión electoral. El final de la novela **César o nada**, del escritor Pío Baroja, es la descripción del fraude, el amedrentamiento y el asesinato al que llegan los poderosos que se ven afectados por el mo-



vimiento liberal y democrático: "No era posible hacer una campaña de agitación popular, y César se decidió abrir un centro de propaganda al lado de cada colegio electoral.

"Los mítines se habían suprimido en los pueblos, porque al menor grito o sin motivo alguno, el jefe de la Policía, con los de la Guardia Civil, entraba en medio de la gente y la dispersaba a empujones y culatazos.

"El periódico nada podía decir sin ser inmediatamente denunciado y recogido.

"César no mandaba telegramas de protesta, sino que trabajaba silenciosamente. Pensaba emplear todas las armas, hasta el engaño y el soborno.

Su opositor, "García Padilla y los agentes del Gobierno encontraban más peligroso este procedimiento que el anterior. César ofreció veinte duros a todo el que denunciase al-

gún chanchullo electoral comprobado".

César Moncada es un real oponente político. Se trata de un radical que en una reunión clandestina pronuncia: "Yo soy partidario de la violencia. Incendiar la cárcel, pegarle fuego al pueblo, estoy dispuesto a todo".

La Cachorra, la madre agradecida por el perdón que César, en su debilidad, le ha otorgado a su hijo con su ausencia en el juicio, le manda un mensaje que César, en su apuro, no da importancia y no abre. Y alguien le dice que el "Babas está libre en Castro". César ingenuo contesta: "contra mí no puede tener nada ese matón".

En la encrucijada de callejuelas de un barrio de burdeles y de gitanos que hacían cestas, el automóvil de César Moncada es interceptado por otro auto. De las ventanas bajas de un telar salen dos disparos. (...) "Un momento después Juan el Babas y el Crispín salían del telar y desaparecían por una callejuela".

Al saber herido a su líder, el grupo más radical se arma y espera la noche en una venta. Moro, el ventero, acude a la policía y ayuda a su emboscada. "Al saber que el cabo de la Guardia Civil quería entrar, los sublevados, por consejo del ventero, dejaron las armas en un cuarto próximo. En el mismo instante los cristales de las ventanas saltaron hechos trizas y los soldados de la Guardia Civil hicieron, a boca de jarro, tres descargas cerradas. Dos mujeres y cuatro hombres cayeron muertos; los heridos, entre los cuales estaba el Cogico, fueron conducidos al hospital y sólo uno logró escapar".

"En los colegios de Villamiel los presidentes habían huído con las actas en blanco, y el cacique conservador disponía desde su casa el resultado de la elección".

La policía balaceaba, encarcelaba y emborroneaba actas.

El final de la novela no puede ser más crítico y perturbador:

"Hoy Castro Duro ha abandonado ya definitivamente sus pretensiones de vivir, ha vuelto al orden, como ce el periódico semanal conservador; las fuentes se han secado, la escuela se cerró, los arbolillos del parque Moncada fueron arrancados. La gente emigra todos los años por centenares. Hoy para un molino mañana se hunde una casa; pero Castro Duro sigue viviendo con sus veneradas tradiciones y sus sacrosantos principios, sin permitir que los advenedizos sin religión y sin patria turben su vida, sin mancillar los derechos sacrosantísimos de la Iglesia nuestra madre, envuelto en polvo, en suciedad y en mugre, dormido al sol, en medio de sus campos sin riego".

De César no sabemos más. ¿Murió? ¿Se recuperó y vive en Madrid? Si es así ¿cuáles serán sus pensamientos? ¿Cuál su actitud en la vida? De cualquier modo no importa, ya, el novelista ha cumplido, en el esculpimiento de su personalidad a través de ella, nos ha iluminado una época, nos ha hecho asomarnos a una geografía, a un conjunto de vitalidades que dan el perfil de devenir histórico y donde la novela es núcleo, memoria que almacena, refiere, que consigna y cifra y donde la inteligencia formula el esfuerzo de la voluntad.



En la encrucijada de callejuelas de un barrio de burdeles y de gitanos que hacían cestas, el automóvil de César Moncada es interceptado por otro auto.
